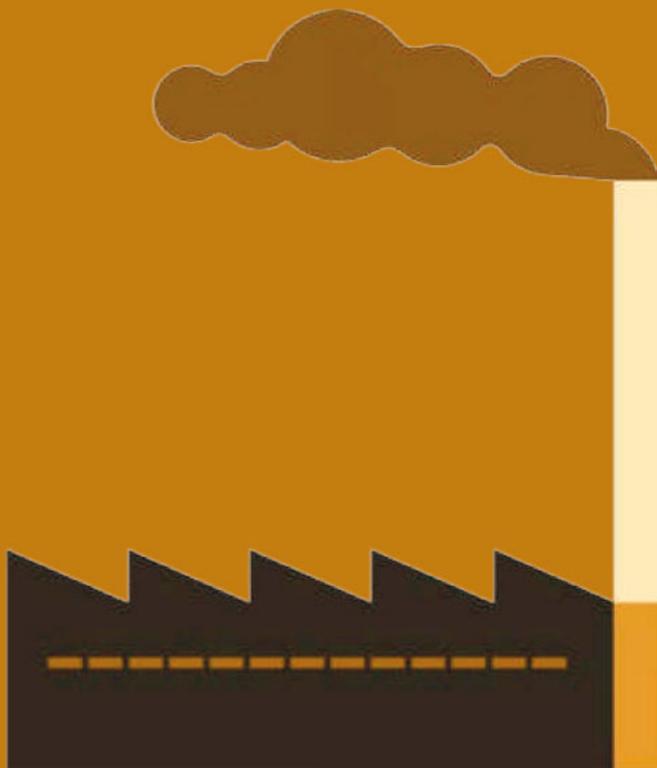


COLECCIÓN CLÁSICOS

La Tribuna

Emilia Pardo Bazán

TEXTO ORIGINAL



COLECCIÓN CLÁSICOS

La Tribuna

Emilia Pardo Bazán

TEXTO ORIGINAL



Primera edición: marzo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Contenido pedagógico: María Zubicoa

Diseño de interiores: Julián Muñoz
Coordinación gráfica: Lara Peces

Fotografías: El País; Museo De Belas Artes Da Coruña; Ruby Films/Pathe/
Film4/Ingeniuos Media; Ediciones Cátedra; Iwa-Ait.Org; Televisión De Galicia/
Zénit Televisión, S.A./Agadic/Xunta De Galicia; EFE; Album; Archivo SM

Texto original de Emilia Pardo Bazán

- © de las ilustraciones: Magoz, 2018
 - © Ediciones SM, 2018
- Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-289-8
Depósito legal: M-1279-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	7
La Tribuna	23
Personajes	25
Prólogo.....	27
I Barquillos.....	31
II Padre y madre	37
III Pueblo de su nacimiento	42
IV Que los tenga muy felices.....	50
V Villancico de Reyes.....	56
VI Cigarros puros	63
VII Preludios.....	70
VIII La chica vale un Perú.....	76
IX La Gloriosa.....	79
X Estudios históricos y políticos.....	85
XI Pitillos.....	90
XII Aquel animal.....	97
XIII Tirías y troyanas	102
XIV Sorbete.....	107
XV Himno de Riego. De Garibaldi. Marsellesa.....	115
XVI Revolución y reacción mano a mano	120
XVII Altos impulsos de la heroína.....	126
XVIII Tribuna del pueblo	131
XIX La Unión del Norte.....	137
XX Zagal y zagala.....	142
XXI Tabaco picado	148

XXII	El carnaval de las cigarreras	154
XXIII	El tentador	163
XXIV	El conflicto religioso.....	169
XXV	Primera hazaña de la Tribuna.....	175
XXVI	Lados flacos	183
XXVII	Bodas de los pajaritos.....	188
XXVIII	Consejera y amiga.....	196
XXIX	Un delito	202
XXX	Dónde vivía la protagonista	208
XXXI	Palabra de casamiento	213
XXXII	La Tribuna se forja ilusiones	224
XXXIII	Las hojas caen	231
XXXIV	Segunda hazaña de la Tribuna	239
XXXV	La Tribuna se porta como quien es.....	252
XXXVI	Ensayo sobre la literatura dramática revolucionaria	258
XXXVII	Lucina plebeya	268
XXXVIII	¡Por fin llegó!	275
	Actividades	281
	En pocas palabras	287

La Tribuna

Criterio de esta edición

Dado el espíritu atemporal de *La Tribuna*, optamos por presentar el texto original, ya que, con la ayuda de las notas, los lectores podrán seguir cómodamente esta obra pionera del naturalismo. Hemos intentado no sobrecargar la obra con anotaciones, pero, al ser un escrito con un amplio vocabulario y estar colmado de galeguismos y de referencias a lugares, personajes y obras literarias de distintos ámbitos y épocas, las consideramos necesarias para que el lector contextualice. Asimismo, hemos normalizado la ortografía en toda la obra.

Para el texto de esta obra hemos seguido la edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2002), basada en la primera edición de Alfredo de Carlos Hierro (Madrid, 1983) y en el primer tomo de las *Obras completas* de Emilia Pardo Bazán (edición de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1999, pp. 405-640). Nos hemos servido a su vez de la edición crítica de *La Tribuna* realizada por Benito Varela Jácome (Cátedra, 6.ª edición, Madrid, 1986) y de la edición de Marisa Sotelo (Alianza Editorial, 1.ª edición, Madrid, 2002). Para las notas, además de las citadas ediciones, hemos recurrido al estudio de Marina Mayoral Pardo *Bazán: de la noticia a la ficción* (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2008).

Personajes

Amparo, la Tribuna del pueblo, protagonista de la novela

Familia y vecinos de la Tribuna

Rosendo, barquillero, padre de la Tribuna

Madre de la Tribuna

Pepa, la Porreta, comadrona

Carmela, encajera, amiga de Amparo

Chinto, Jacinto, ayudante del barquillero y picador

El barbero y otros vecinos del barrio de Amparo

Los Sobrado y amigos

Doña Dolores Sobrado

Baltasar Sobrado, hijo de doña Dolores

Lola Sobrado, hermana mayor de Baltasar

Clara Sobrado, hermana menor de Baltasar

Isidoro, cuñado de doña Dolores

Enrique Borrén, capitán, amigo de los Sobrado

Palacios, alférez, amigo de los Sobrado

La viuda de García

Josefina García, a quien pretende Baltasar

Nisita García, hermana pequeña de Josefina

Cigarreras

Guardiana, cigarrera, amiga de Amparo

Ana, la Comadreja, cigarrera, amiga de Amparo

La Porcona, trabajadora de la fábrica, desvenadora

La Pintiga, trabajadora de la fábrica

Otras cigarreras

Raimundo, capitán de la *Bella Luisa*, amante de la Comadreja

Delegados de Cantabria, republicanos que firman la Unión del Norte

Miembros del Círculo Rojo

Prólogo



Lector indulgente: No quiero perder la buena costumbre de empezar mis novelas hablando contigo breves palabras. Más que nunca, debo mantenerla hoy, porque acerca de *La Tribuna* tengo varias advertencias que hacerte, y así caminarán juntos en este prólogo el gusto y la necesidad.

Si bien *La Tribuna* es en el fondo un estudio de costumbres locales, el andar injeridos en su trama sucesos políticos tan recientes como la Revolución de septiembre de 1868, me impulsó a situarla en lugares que pertenecen a aquella geografía moral de que habla el autor de las *Escenas montañosas*, y que todo novelista, chico o grande, tiene el indiscutible derecho de forjarse para su uso particular. Quien desee conocer el plano de Marineda, búsquelo en el atlas de mapas y planos privados, donde se colecciona, no solo el de Orbajosa, Villabermeja y Coteruco, sino el de las ciudades de R***, de L*** y de X***, que abundan en las novelas románticas. Este privilegio concedido al novelista de crearse un mundo suyo propio permite más libre inventiva y no se opone a que los elementos todos del microcosmos estén tomados, como es debido, de la realidad. Tal fue el procedimiento que empleé en *La Tribuna*, y lo considero

Esta revolución fue conocida como «la Gloriosa», un levantamiento revolucionario que supuso el destronamiento y exilio de la reina Isabel II.

Se refiere a José María de Pereda, autor realista español.

Ciudades ficticias de tres novelistas del Realismo español: Orbajosa es donde transcurre la trama de *Doña Perfecta*, de Benito Pérez Galdós; Villabermeja fue creada por Juan Valera para ambientar algunas de sus novelas, y Coteruco es la localización de la novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, de José María de Pereda.

Emilia Pardo Bazán
escribe esta novela según
la estética naturalista,
de ahí que traslade
la realidad a la obra
con rigurosidad
y objetividad.

suficiente —si el ingenio me ayudase— para alcanzar la verosimilitud artística, el vigor analítico que infunde vida a una obra.

Al escribir *La Tribuna* no quise hacer sátira política; la sátira es género que admito sin poderlo cultivar; sirvo poco o nada para el caso. Pero así como niego la intención satírica, no sé encubrir que en este libro, casi a pesar mío, entra un propósito que puede llamarse *docente*. Baste a disculparlo el declarar que nació del espectáculo mismo de las cosas, y vino a mí, sin ser llamado, por su propio impulso. Al artista que solo aspiraba retratar el aspecto pintoresco y característico de una *capa social*, se le presentó, por añadidura, la moraleja, y sería tan sistemático rechazarla como haberla buscado. Porque no necesité agrupar sucesos, ni violentar sus consecuencias, ni desviarme de la realidad concreta y positiva, para tropezar con pruebas de que es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce, y a las cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos. Como la raza latina practica mucho este género de culto fetichista e idolátrico, opino que si escritores de más talento que yo lo combatiesen, prestarían señalado servicio a la patria.

Se refiere a la república,
cuya proclamación
se espera durante toda
la novela.

Autores franceses del
siglo XIX, impulsores
de la corriente
naturalista. Émile Zola
es considerado el padre
del Naturalismo.

Autores costumbristas
españoles: Antonio
de Trueba (1819-1889)
y Fernán Caballero
(1796-1877).

Y vamos a otra cosa. Tal vez no falte quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que si nuestro pueblo fuese igual al que describiesen Goncourt y Zola, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retratarlo; pero resuelta a ello, nunca seguiría la escuela idealista de Trueba y de la insigne Fernán, que riñe con mis principios artísticos. Lícito es callar, pero no fingir. Afortunadamente, el pueblo que copiamos los que vivimos del lado acá del Pirineo no

se parece todavía, en buen hora lo digamos, al del lado allá. Sin adolecer de optimista, puedo afirmar que la parte del pueblo que vi de cerca cuando tracé estos estudios, me sorprendió gratamente con las cualidades y virtudes que, a manera de agrestes renuevos de inculta planta, brotaban de él ante mis ojos. El método de análisis implacable que nos impone el arte moderno me ayudó a comprobar el calor de corazón, la generosidad viva, la caridad inagotable y fácil, la religiosidad sincera, el recto sentir que abunda en nuestro pueblo, mezclado con mil flaquezas, miserias y preocupaciones que a primera vista lo oscurecen. Ojalá pudiese yo, sin caer en falso idealismo, patentizar esta belleza recóndita.

No; los tipos del pueblo español en general, y de la costa cantábrica en particular, no son aún —salvas fenomenales excepciones— los que se describen con terrible verdad en *L'assommoir*, *Germinie Lacerteux* y otras obras, donde parece que el novelista nos descubre las abominaciones monstruosas de la Roma pagana, que, unidas a la barbarie más grosera, retoñan en el corazón de la Europa cristiana y civilizada. Y ya que, por dicha nuestra, las faltas del pueblo que conocemos no rebasan de aquel límite a que raras veces deja de llegar la flaca decaída condición del hombre, pintémosle, si podemos, tal cual es, huyendo del *patriarcalismo* de Trueba como del socialismo humanitario de Sue, y del método de cuantos, trocando los frenos, atribuyen a Calibán las seductoras gracias de Ariel.

En abono de *La Tribuna* quiero añadir que los maestros Galdós y Pereda abrieron camino a la licencia que me tomo de hacer hablar a mis personajes como realmente se habla en la región de donde los saqué. Pérez Galdós, admitiendo en su *Desheredada* el lenguaje de los barrios bajos; Pereda,

] Novelas de Zola y de Goncourt respectivamente.

] Calibán y Ariel son dos personajes de *La Tempestad*, de W. Shakespeare. Calibán representa lo primitivo y salvaje; Ariel, lo elevado y espiritual.

sentenciando a muerte a las zagalejas de porcelana y a los pastorcillos de égloga, señalaron rumbos de los cuales no es permitido apartarse ya. Y si yo debiese a Dios las facultades de alguno de los ilustres narradores cuyo ejemplo invoco, ¡cuánto gozarías, oh lector discreto, al dejar los trillados caminos de la retórica novelesca diaria para beber en el vivo manantial de las expresiones populares, incorrectas y desaliñadas, pero frescas, enérgicas y donosas!

Queda adiós, lector, y ojalá te merezca este libro la misma acogida que *Un viaje de novios*. Tu aplauso me sostendrá en la difícil vía de la observación, donde no todo son flores para un alma compasiva.

Novela de Emilia [Pardo Bazán, publicada en 1881.

EMILIA PARDO BAZÁN

Granja de Meirás, octubre de 1882

I

Barquillos



Comenzaba a amanecer, pero las primeras y vagas luces del alba a duras penas lograban colarse por las tortuosas curvas de la calle de los Castros, cuando el señor Rosendo, el barquillero que disfrutaba de más parroquia y popularidad en Marineda, se asomó, abriendo a bostezos, a la puerta de su mezquino cuarto bajo. Vestía el madrugador un desteñido pantalón grancé¹, reliquia bélica, y estaba en mangas de camisa. Miró al poco cielo que blanqueaba por entre los tejados, y se volvió a su cocinilla, encendiendo un candil y colgándolo del estribadero de la chimenea. Trajo del portal un brazo de astillas de pino, y sobre la piedra del fogón las dispuso artísticamente en pirámide, cebada por su base con virutas, a fin de conseguir una hoguera intensa y flameante. Tomó del vasar² un tarterón, en el cual vació cucuruchos de harina y azúcar, derramó agua, cascó huevos y espolvoreó canela. Terminadas estas operaciones preliminares, estremeciose de frío —porque la puerta había quedado de par en par, sin que en cerrarla pensase— y descargó en el tabique dos formidables puñadas.

Al punto salió rápidamente del dormitorio o cuchitril contiguo una mozuela de hasta trece años, desgrefñada,

Ciudad ficticia en la que transcurre *La Tribuna*. Marineda es un calco de La Coruña.

¹ grancé: de color rojo.

² vasar: estante donde se coloca la vajilla.

³justillo de dril: prenda interior sin mangas, tejida con dril, una tela fuerte de hilo.

con el cierto andar de quien acaba de despertarse bruscamente, sin más atavíos que una enagua de lienzo y un justillo de dril³, que adhería a su busto, anguloso aún, la camisa de estopa. Ni miró la muchacha al señor Rosendo, ni le dio los buenos días; atontada con el sueño y herida por el fresco matinal que le mordía la epidermis, fue a dejarse caer en una silleta, y mientras el barquillero encendía estrepitosamente fósforos y los aplicaba a las virutas, la chiquilla se puso a frotar con una piel de gamuza el enorme cañuto de hojalata donde se almacenaban los barquillos.

⁴amohado: galleguismo, pasta líquida de harina y azúcar o miel para hacer los barquillos.

Instalose el señor Rosendo en su alto trípode de madera ante la llama chisporroteadora y crepitante ya, y metiendo en el fuego las magnas tenazas, dio principio a la operación. Tenía a su derecha el barreño del amohado⁴, en el cual mojaba el cargador, especie de palillo grueso; y extendiendo una leve capa de líquido sobre la cara interior de los candentes hierros, apresurábase a envolverla en el molde con su dedo pulgar, que a fuerza de repetir este acto se había convertido en una callosidad tostada, sin uña, sin yema y sin forma casi. Los barquillos, dorados y tibios, caían en el regazo de la muchacha, que los iba introduciendo unos en otros a guisa de tubos de catalejo, y colocándolos simétricamente en el fondo del cañuto; labor que se ejecutaba en silencio, sin que se oyese más rumor que el crujir de la leña, el rítmico chirrido de las tenazas al abrir y cerrar sus fauces de hierro, el seco choque de los crocantes barquillos al tropezarse, y el silbo del amohado al evaporar su humedad sobre la ardiente placa. La luz del candil y los reflejos de la lumbre arrancaban destellos a la hojalata limpia, al barro vidriado de las cazuelas del vasar, y la temperatura se suavizaba, se elevaba, hasta el extremo de que el señor Rosendo se quitase la gorra con visera de hule, descu-

briendo la calva sudorosa, y la niña echase atrás con el dorso de la mano sus indómitas guedejas que la sofocaban.

Entretanto, el sol, campante ya en los cielos, se empeñaba en cernir alguna claridad al través de los vidrios verdosos y puercos del ventanillo que tenía obligación de alumbrar la cocina. Sacudía el sueño la calle de los Castros, y mujeres en trenza y en cabello, cuando no en refajo y chancletas, pasaban apresuradas, cuál en busca de agua, cuál a comprar provisiones a los vecinos mercados; oíanse llantos de chiquillos, ladridos de perros; una gallina cloqueó; el canario de la barbería de enfrente redobló trinando como un loco. De tiempo en tiempo la niña del barquillero lanzaba codiciosas ojeadas a la calle. ¡Cuándo sería Dios servido de disponer que ella abandonase la dura silla, y pudiese asomarse a la puerta, que no es mucho pedir! Pronto darían las nueve, y de los seis mil barquillos que admitía la caja solo estaban hechos cuatro mil y pico. Y la muchacha se desperezó maquinalmente. Es que desde algunos meses acá bien poco le lucía el trabajo a su padre. Antes despachaba más.

El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y deleznales como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor fuera manejar la azada o el pico que abrir y cerrar sin tregua las tenazas abrasadoras, que además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada, siempre fija en la llama, se fatigaba; la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, a puros esguinces, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de víspera; si han de gustar a la gente menuda y golosa, conviene que

sean fresquitos. Un nada de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y a veces la noche, en fabricarlos; la tarde, en vocearlos y venderlos. En verano, si la estación es buena y se despacha mucho y se saca pingüe⁵ jornal, también hay que estarse las horas caniculares⁶, las horas perezosas, derritiendo el alma sobre aquel fuego, sudando el quilo⁷, preparando provisión doble de barquillos para la venta pública y para los cafés. Y no era que el señor Rosendo estuviese mal con su oficio; nada de eso; artistas habría orgullosos de su destreza, pero tanto como él, ninguno. Por más que los años le iban venciendo, aún se jactaba de llenar en menos tiempo que nadie el tubo de hojalata. No ignoraba primor alguno de los concernientes a su profesión; barquillos anchos y finos como seda para rellenar de huevos hilados, barquillos recios y estrechos para el agua de limón y el sorbete, hostias para las confiterías —y no las hacía para las iglesias por falta de molde que tuviese una cruz—, flores, hojuelas y orejas de fraile⁸ en Carnaval, buñuelos en todo tiempo... Pero nunca lo tenía de lucir estas habilidades accesorias, porque los barquillos de diario eran absorbentes. ¡Bah! En consiguiendo vivir y mantener la familia...

⁵ pingüe: abundante.

⁶ caniculares: las más calurosas.

⁷ sudando el quilo: coloquial, trabajando con gran fatiga.

⁸ orejas de fraile: dulce típico de la época de Carnaval.

A las nueve muy largas, cuando cerca de cinco mil barquillos reposaban en el tubo, todavía el padre y la hija no habían cruzado palabra. Montones de brasa y ceniza rodeaban la hoguera, renovada dos o tres veces. La niña suspiraba de calor, el viejo sacudía frecuentemente la mano derecha, medio asada ya. Por fin, la muchacha profirió:

—Tengo hambre.

Volvió el padre la cabeza, y con expresivo arqueamiento de cejas indicó un anaquel⁹ del vasar. Encaramose la chiquilla, trepando sobre la artesa, y bajó un mediano trozo

⁹ anaquel: estante.

de pan de mixtura¹⁰, en el cual hincó el diente con buen ánimo. Aún rebuscaba en su falda las migajas sobrantes para aprovecharlas cuando se oyeron crujidos de catre, carraspeos, los ruidos característicos del despertar de una persona, y una voz entre quejumbrosa y despótica llamada desde la alcoba cercana al portal:

—¡Amparo!

Se levantó la niña y acudió al llamamiento, resonando de allí a poco rato su hablar.

—Afíñcese¹¹, señora..., así..., cárguese más..., aguarde, que le voy a batir este jergón... —y aquí se escuchó una gran sinfonía de hojas de maíz, un sirriissch... prolongado y armonioso.

La voz mandona dijo opacamente algo, y la infantil contestó:

—Ya la voy a poner a la lumbré ahora mismo... ¿Tendrá por ahí el azúcar?

Y respondiendo a una interpelación altamente ofensiva para su dignidad, gritó la chiquilla:

—Piensa que... ¡Aunque fuera oro puro! Lo escondería usted misma... Ahí está, detrás de la funda... ¿Lo ve?

Salió con una escudilla¹² desportillada¹³ en la mano, llena de morena melaza, y arrimando al fuego un puchero donde estaba ya la cascarilla, le añadió en debidas proporciones azúcar y leche, y volvióse al cuarto del portal con una taza humeante y colmada a reverter. En el fondo del cacharro quedaba como cosa de otra taza. El barquillero se enderezó llevándose las manos a la región lumbar, y sobriamente, sin concupiscencia, se desayunó bebiendo las sobras por el puchero mismo. Enjugó después su frente, regada de sudor, con la manga de la camisa, entró a su vez en el cuarto próximo, y al volver a presentarse,

¹⁰ pan de mixtura:
pan de varias semillas.

¹¹ Afíñcese: apóyese.

¹² escudilla: vasija ancha
y con forma de media
esfera.

¹³ desportillada:
deteriorada.

vestido con pantalón y chaqueta de paño pardo, se terció a las espaldas la caja de hojalata y se echó a la calle. Amparo, cubriendo la brasa con ceniza, juntaba en una cazuela berzas, patatas, una corteza de tocino, un hueso rancio de cerdo, cumpliendo el deber de condimentar el caldo del humilde menaje. Así que todo estuvo arreglado, metiose en el cuchitril, donde consagró a su aliño personal seis minutos y medio, repartidos como sigue: un minuto para calzarse los zapatos de becerro, pues todavía estaba descalza; dos para echarse un refajo de bayeta y un vestido de tartán¹⁴; un minuto para pasarse la punta de un paño húmedo por ojos y boca (más allá no alcanzó el aseo); dos minutos para escardar¹⁵ con un peine desdentado la revuelta y rizosa crencha¹⁶, y medio para tocarse al cuello un pañolito de indiana. Hecho lo cual, se presentó más oronda que una princesa a la persona encamada a quien había llevado el desayuno. Era esta una mujer de edad madura, agujereada como una espumadera por las viruelas, chata de frente, de ojos chicos. Viendo a la chiquilla vestida, se escandalizó:

—¿Adónde iría ahora semejante vagabunda?

—A misa, señora, que es domingo... ¿Qué volver con noche ni con coche? Siempre vine con día, siempre... ¡Una vez de cada mil! Queda el caldo preparadito al fuego... Vaya, abur¹⁷.

Y se lanzó a la calle con la impetuosidad y brío de un cohete bien disparado.

¹⁴ tartán: tela de lana con cuadros, característica de Escocia.

¹⁵ escardar: aquí, desenredar el pelo.

¹⁶ crencha: raya que divide el cabello en dos partes.

¹⁷ abur: agur, interjección coloquial para despedirse.